

# Juan: el arte de la mirada

Álvaro Ruiz Abreu

*Juan Rulfo no es sólo el prosista extraordinario que entregó a las letras de México *El Llano en llamas* y *Pedro Páramo*. También fue un mago de la fotografía que tuvo el don de adivinar el lado profundo de las cosas, mirando como solamente puede hacerlo un artista original que convierte el universo en arte visual, a través de las palabras o de la lente de una cámara.*

El nombre de Juan Rulfo (1917-1986) sigue despertando preguntas que invitan a la reflexión, a la investigación de su vida, de sus personajes tan originales por su complejidad psicológica y su habla original. Interminable, la obra rulfiana nos llama ahora, a 30 años de la muerte de Rulfo, y lo hará en 2017 en el centenario de su nacimiento. Rulfo revisitado. Escritor realista y fantástico de cuentos, reunidos en *El Llano en llamas* (1953), en los que ondea libremente la bandera del sufrimiento y la idea de que hubo alguna vez un paraíso pero inalcanzable, fue también un visitador obsesivo de cementerios, a los que iba por pura vocación por los muertos y también imitando, dijo en una ocasión, a Ernst Jünger (1895-1998). Rulfo envuelto en las tinieblas de los años de la Guerra Cristera, pero lúcido a la hora de tomar la pluma y trazar sus cartografías literarias. Lector de novela mexicana, y de escritores extranjeros como Knut Hamsun (1859-1952) y autor de una sola nove-

la, *Pedro Páramo* (1955), asombro de los lectores y de la crítica, texto tejido en una compleja y bella prosa poética, atrás de la cual se esconde una estructura única difícil de descifrar.

Repasamos su biografía y encontramos a un *voyeur*, a un observador agudo a la hora de recrear el mundo oculto de los hombres y de las cosas. Entre paréntesis digo que nos falta saber quién fue primero: el fotógrafo o el narrador. Ser taciturno y melancólico, sin afán de gloria o de fama, Rulfo se nos aparece como un consumado artista de la cámara y como un hombre prendido a la idea de la fragilidad de la vida. “Yo no me preguntaría por qué morimos, pongamos por caso; pero sí quisiera saber qué es lo que hace tan miserable nuestra vida”.<sup>1</sup> Y como un narrador excepcional que puso en boca de la

<sup>1</sup> Alberto Vital, *Noticias sobre Juan Rulfo*, UNAM/Instituto de Investigaciones Filológicas, México, 2004, p. 200.

gente humilde del campo el sueño de la gloria y la resignación de la derrota, el arte de la palabra y la vocación por el silencio.

Cuando trabajó junto al ingeniero Raúl Sandoval en el Alto Papaloapan, en Oaxaca, durante los años 1954-1956, Rulfo se mantenía con escasos recursos económicos. Sin embargo, se abastecía de nuevas experiencias, imágenes, voces, lecturas, con la mirada puesta en proyectos literarios y fotográficos. Quería conocer ese México profundo, el de la pasión por la sangre, que parecía no haber olvidado nunca; no era el de Jalisco, su tierra, sino el que había descubierto recientemente en los estados de Puebla, Oaxaca y Veracruz, una zona de la que se apasionó. Se había convertido de pronto en viajero, excursionista, fotógrafo, historiador y antropólogo, feliz porque así pudo abandonar el puesto burocrático de la Secretaría de Gobernación, donde permaneció muchos años. Como sea, lo importante es que encontró en el ingeniero Sandoval un aliado en su lucha por la redención de los oprimidos; “el camino para acercarse al tipo de vivencias que de verdad nutrían su quehacer literario y fotográfico”.<sup>2</sup>

Se alió a la cruzada de Sandoval, el ingeniero empeñado en rescatar de la pobreza y el desamparo a hombres y mujeres de esa zona que no iban a romper el círculo de su atraso si no llegaba a ellos una ayuda real, desinteresada, que no pasara por intermediarios clásicos como el líder agrario, el delegado político. Estos eran los filtros naturales de la corrupción y el atraco. Es preciso destacar que al universo agrario e indígena Rulfo lo había vislumbrado con claridad en sus dos obras literarias. Por ejemplo, en *Pedro Páramo* leemos: “Es domingo. De Apango han bajado los indios con sus rosarios de manzanillas, su romero, sus manojos de tomillo. No han traído ocote porque el ocote está mojado, y ni tierra de encino porque también está mojada por el mucho llover. Tienden sus yerbas en el suelo, bajo los arcos del portal, y esperan”.<sup>3</sup> Es una imagen transparente en la que vemos a los indios frente a sus yerbas, esperando vender; como si fuera una fotografía, la descripción traspasa el aspecto físico y se instala en la moral, la espera y la resignación, la vida comercial y esencial, de la población indígena. Además, las frases están inyectadas de una música serena y abierta al paso de los días, y definen el estilo de Rulfo: “sus rosarios de manzanillas”, como “su romero” y “sus manojos de tomillo”, y el ocote, el encino, que le ofrecen a los lectores el mundo mágico de los aromas y de las plantas que se consideran medicinales. Son una especie de maná que alguien les envía para pro-



Autorretrato de Juan Rulfo en el Nevado de Toluca, década de 1940

tegerlos de la intemperie, pues los indios parecen sombras de la realidad, sombras de la historia, en un país que los ha marginado y explotado.

#### LA CÁMARA Y LA PLUMA

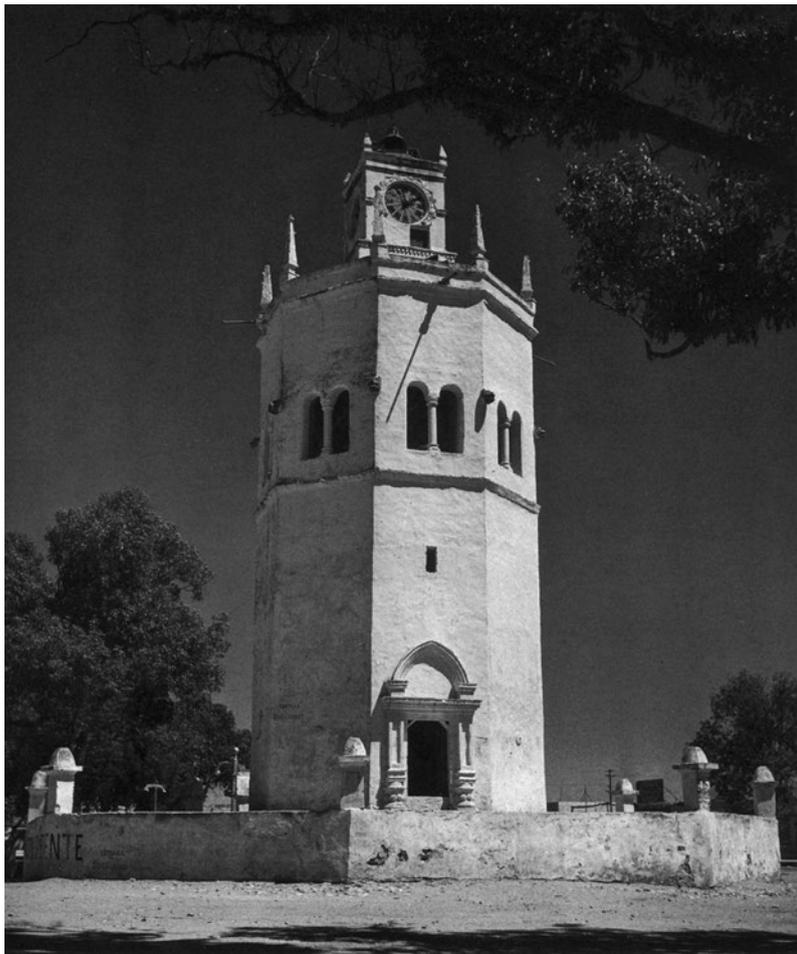
Escritor metido a la fotografía, o fotógrafo convertido a las letras, Rulfo encontró a través de la lente de una cámara el mundo que latía en su imaginación. La fotografía de Juan Rulfo parece un relato: la cámara mira a dos mujeres, en su libro *Oaxaca*,<sup>4</sup> trabajando el café en su comunidad; detrás de esta acción y estos personajes se urde, de manera sutil, una historia; ellas pisan la tierra con sus pies desnudos, bajo un cielo lleno de sol en las montañas de Oaxaca.<sup>5</sup> Rulfo trabajó en esa zona, convivió con los hombres y mujeres zapotecas, pensó que su esfuerzo junto a Raúl Sandoval, el amigo que lo llevó a esa tierra, serviría por lo menos para dar dignidad a esta gente despojada de casi todo, menos de su espíritu de solidaridad. ¿No es este “modelo” el que escogió para su arte narrativo? Hombres y mujeres sin aparente provenir, que cruzan la historia en su universo visual, mirando el silencio de las lomas y los abismos en los que han nacido y en los que el rito de sus ancestros, el humo y el poderoso olor del copal los sepultará cualquier día.

<sup>2</sup> Alberto Vital, “Raúl Sandoval y Juan Rulfo”, *La Jornada Semanal*, número 610, 12 de noviembre de 2006.

<sup>3</sup> Juan Rulfo, *Toda la obra*, edición crítica de Claude Fell, FCE/Conaculta/UNESCO, México, 1992, p. 263, Colección Archivos.

<sup>4</sup> Juan Rulfo, *Oaxaca*, textos de Andrew Dempsey y Víctor Jiménez, Editorial RM, México, 2009, 77 pp.

<sup>5</sup> Véase Andrew Dempsey, “La discreción de Juan Rulfo. Reflexiones sobre una fotografía: mujeres de Oaxaca recogiendo café” en Juan Rulfo, *Oaxaca*, 2009, p. 34.



Juan Rulfo, "El rollo", Tepeaca, Puebla, 1955



Juan Rulfo, Portada del Palacio de Gobierno, Tlaxcala, 1955

O sea que hay un destino manifiesto en esa gente, que quería entender y proteger Raúl Sandoval; cuando este redentor murió, la esperanza se vino abajo. Es preciso señalar que la muerte de Sandoval, el 13 de noviembre de 1956, representa una ruptura en la biografía de Rulfo.

A raíz de esa pérdida, Rulfo escribió "Un texto y dos esbozos",<sup>6</sup> que a ratos parece un cuento más, en el que evoca a su amigo desaparecido; su lenguaje es preciso una vez más y cala en la condición humana: "Cuesta trabajo verlo caído para siempre. Él, cuya fuerza y tenacidad se resolvía en realizaciones que el brillo de su talento hacía más efectivas. Él, que combatió por la causa de México con la más grande nobleza, sin banalidades, consagrando su corazón a crear un destino mejor para el hombre". Rulfo sintió como si algo faltara sobre la tierra, "como si la Cuenca del Papaloapan estuviera vacía". Sandoval había sido un camarada y un hermano y, más aún, el "padre" que fue para todos. No sólo llevó caminos a los mazatecos y a los zapotecas, sino un puñado de ilusión. Lo lloran, dice Rulfo, porque se sienten huérfanos. Toda alusión a su biografía, a su obra empotrada en la imagen del padre y de la orfandad, resulta vana frente a esta confesión. Escribe que nadie se ha ocupado de los indios; no hubo gobierno ni gobernadores que los escucharan. Sandoval fue el primero en ir a verlos, a "calcular la medida de su pobreza"; no les prometió nada; para él no eran indios a secas sino parte sustancial de México; grupos que vivían en el olvido y en la edad de los dioses. "Víctimas de la indiferencia".

En ese texto se advierte la identificación evidente de Rulfo con esta gente, en la que aflora la figura del Padre como el catalizador de cierta fe en el futuro; el que guía a su pueblo hacia una tierra prometida y los defiende. El padre que siembra la esperanza. Luego Rulfo se ocupa de describir, de nombrar por vez primera el paisaje de esas comunidades del Alto Papaloapan. ¿Y qué miran sus ojos con asombro? Bosques de liquidámbar, de cedro rojo; la tierra ardiente, "brumosa por el humo de los incendios, casi invisible". Y fue precisamente su amigo Sandoval el que dijo: hay que detener esto, detener "la lumbrada que asolará esas regiones".

Como vemos, la prosa de Rulfo, aun la que escribió al margen de su ficción, es de una lucidez inquietante; aparece cansada de pedir a gritos mayor atención a los indígenas, se vuelve más poética que didáctica, menos ideológica y más humana; pienso que le da sentido a una realidad que parece negar cualquier sentido. Y en la fotografía tal vez seguía esa regla. Creo con Susan Sontag que "al enseñarnos un nuevo código visual, las fotografías alteran y amplían nuestras nociones de qué vale la pena mirar y qué tenemos derecho a observar".<sup>7</sup> Rulfo

<sup>6</sup> Juan Rulfo, "Un texto y dos esbozos", *La Jornada Semanal*, número 610, 12 de noviembre de 2006.

<sup>7</sup> Susan Sontag, *Sobre la fotografía*, traducción de Carlos Gardini, Edhasa, Barcelona, 1981, p. 13.

intentó apresar el mundo a través de la cámara; es cierto entonces que “coleccionar fotografías es coleccionar el mundo”, ¿y cuál es el mundo que coleccionó Rulfo?, el de los olvidados que encarnan el alma colectiva en su hora cero. Su poética se alimenta de la mirada, de la experiencia visual que transforma en metáforas precisas de la tierra, el espacio que expulsó a Juan Rulfo del paraíso, la misma que se tragó a su padre.

Sandoval era un *héroe*, dice Rulfo, y sabemos que es una calidad específica la que está depositando en su amigo; que Rulfo se está desdoblado, y que le habla a su *alter ego*. No se exalta la figura de un amigo en esos términos de manera gratuita; y menos si se trata de Rulfo, que cuando levantaba la pluma era para hacer una fotografía auténtica y original de las cosas, transformándolas. Mostrar algo —una piedra, un río, los pies descalzos— es también empezar a modificarlo. Y esto lo hizo a menudo Rulfo: dar una visión a fondo del mundo.

Nada resume de una manera tan clara y profunda la concepción de la tierra y sus miserias como las fotografías de Rulfo. Hay que entenderlas como un eslabón de su ficción, como trazos que establecen un diálogo libre y sin límite de tiempo con sus relatos, pues la cámara en sus manos también entra a los rincones de la soledad y del olvido. El 20 de enero de 1957 escribió en “México en la Cultura”: “¿Qué necesitaban los habitantes del Alto Papaloapan para vivir?... Maíz... Sólo maíz. Maíz que sembraban en las laderas de las montañas; y para lo cual hacían rozas que destruían bosques inmensos de líquidambar, de cedro rojo... Raúl Sandoval había volado infinidad de veces sobre aquella tierra ardiente: brumosa por el humo de los incendios, casi invisible. [...] Y cuando él se presentó ante esos pueblos, con su rostro impasible que no reflejaba ni emoción ni vanidad, lo recibieron con pétalos de flores, con bandas de música que tocaban día y noche” (“Un texto y dos esbozos”). Así, el hombre de carne y hueso que es Sandoval se esfuma y aparece su silueta rociada de un aura que lo hace otro, anónimo y autónomo como suelen ser los héroes; una fuerza nada terrenal que azota el alma de los pueblos y les ofrece, para decirlo con Rulfo, una gota de esperanza. Igualmente intensa y en armonía con la naturaleza es la mirada de Rulfo sobre la tierra, a la que suelen estar atados sus personajes, esos campesinos por lo común analfabetos que miran el polvo de sus parcelas y de tanta aridez deducen con una filosofía de la vida salida de sus entrañas que es humo, sueño y nada, como lo señaló Quevedo.

En ambos textos, el de la fotografía y el de la prosa, Rulfo emprendió el mismo viaje de introspección de una realidad paradójica, en la que podía mirarse el hombre de cualquier época y latitud. A través de sus fotografías, Rulfo estaba haciendo un viaje no solamente a una zona



Juan Rulfo, Tepeyanco, Tlaxcala, 1955

geográfica de varias etnias y marcada por el contraste social y la desigualdad económica y educativa; su viaje era al interior de sí mismo, es decir, de sus preocupaciones básicas, muchas de las cuales vemos en sus ficciones: la tierra de la que han sido desposeídos sus verdaderos propietarios durante siglos; el campesino que espera que alguna vez llegue su renacimiento; el paisaje árido y desolado en el que crecen apenas los cactus, el nopal, y en tiempo de lluvia el maíz, el grano de oro bendito que alimenta a estos hombres y les proporciona fuerzas para vivir. Se empeñó en conocer esas comunidades del Alto Papaloapan, y entrar en ellas como por su casa para explorar el alma despierta en las noches de estos seres que siempre le parecieron una pieza clave de la existencia humana. Y el resultado fue, una vez más, la frustración de no ver realizado su “sueño”, sino abortado por diversas causas. Sin embargo, su mirada —tanto la de sus ojos como la de la lente de la cámara— dejó un testimonio invaluable de esa realidad que él transforma en hecho estético.

Así es que su amigo Sandoval no pudo haber sido más que una estrella para Rulfo, un misionero en esa zona de Oaxaca<sup>8</sup> que pedía a gritos ayudar a la comunidad. Y eso también pudo captarlo su lente. La fotografía, dice Susan Sontag, es el acercamiento a un objeto y a un ser humano, que de inmediato la lente descifra y eterniza. Pero la lente es instrumento, que necesita la dirección y la voluntad del fotógrafo que dispara y convierte la realidad en algo que está más allá. Rulfo fue un mago de la fotografía porque, además, tuvo el don de adivinar el lado profundo de las cosas, mirando como solamente puede hacerlo un artista original que convierte el universo en arte visual, a través de las palabras o de la lente de una cámara. **U**

<sup>8</sup> Véase Fernando Hiriart, “El ingeniero Sandoval”, “La Jornada Semanal”, número 610, 12 de noviembre de 2006.